

# CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educación, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** Instrucción: Estudios Históricos, por don A. Pirala.—Poesía por don José María de Larrea.—Cuentos de color de Rosa (continuación), por don Antonio de Trueba.—Las Flores Animadas: La Violeta (conclusion), por doña Joaquina García Balmaseda.—Teatros, por don Antonio Arnao.—Modas.—GRABADO: Pliego de Dibujos.

## INSTRUCCION.

### ESTUDIOS HISTÓRICOS.

#### SEGUNDA PARTE.

##### Introduccion.

##### SOBRE LA EXISTENCIA DE LAS AMAZONAS.



AMOS á entrar en un nuevo período, pero debemos antes echar una ojeada retrospectiva, no examinando lo que hemos referido, porque sería una repetición que no la permite el objeto de estos *Estudios*, sino dando cuenta de lo que hemos omitido de pro-

prio intento.

Nos referimos á las Amazonas, Argivas y Focenses, de quienes tanto se han ocupado los historiadores antiguos y modernos, y de quienes no podemos menos de ocuparnos, pues aunque la existencia de las primeras, por ejemplo, no se pueda probar de una manera evidente, está considerada como *muy probable*, y merece por consiguiente un lugar en estos *Estudios*, aunque sea como una digresión al órden que nos hemos propuesto.

No se trata ahora de personificar en una mujer una época, pero sí las costumbres de un país ó de

un pueblo, y dejar consignados rasgos harto heróicos y sublimes, que ayudarán á comprender la grandeza de que es susceptible la mujer.

La existencia de las Amazonas, y sobre todo de las Argivas y de las Focenses, que es histórica, es una de esas páginas que pintan ese rudo heroísmo concedido solo al hombre, y en los tiempos primitivos.

La envidia de nuestro sexo trata de desvirtuar los casos que la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos presenta del mérito de tantas mujeres, alegando que son una escepcion de la regla. Si las Espartanas no destruyesen su aserto, las Argivas y Focenses les impondrían silencio. Recibiendo la misma instrucción, y si en igualdad de circunstancias, no corresponde, á pesar de su distinta organización y condiciones, á lo que debe aguardarse de la mujer, entonces, y solo entonces, tendremos derecho á decir que las mujeres que descuellan en tal ó cual ramo del saber, en valor ó en hechos grandes, son fenómenos de su sexo. Mientras tanto, abrigaremos la convicción de que tan dispuestas como nosotros para ciertos conocimientos, son mas susceptibles de todo lo grande y de todo lo sublime por su delicada imaginación, por su exaltación ardiente.

No necesitamos citar ejemplos, consignados quedan, y consignaremos aun mas en el curso de estos artículos. Pero hablemos ya de las Amazonas.

De increíble califican su existencia algunas historias, y en otras la miran ya en el día como muy probable. Sin admitir ni desechar nosotros ninguno de estos asertos, no debemos omitir lo que se cuenta de estas célebres heroínas, verdaderas ó fabulosas.



Estrabon, Arriano y algunos otros, entre los antiguos, tuvieron por fabulosa su historia, y Herodoto, Pausanias, Hipócrates, Diodoro, Sículo, Justino, Amiano, Apolodoro, Plutarco, que por su gravedad no deja de ser testimonio, y Platon, afirman la existencia de las Amazonas.

El último de los que hemos citado, Platon, llamado el divino, á quien no puede suponerse grande ligereza ni falta de criterio al escribir, ni sobre todo que á sabiendas se propusiera engañar á la posteridad, que reúne la circunstancia de haber sido casi contemporáneo de Alejandro el Grande, asegura que poco antes de su época florecían aquellas mujeres belicosas.

No por esto admitimos todo lo que de ellas se dice; como por ejemplo, que mataban á sus hijos varones, que se quemaban un pecho, y otras noticias parecidas que contradice la naturaleza misma de la condicion humana, y no la admite mas que en escepciones, y que son mas bien cuentos que se han aumentado por imaginaciones amigas de vestir los sucesos exactos, con otros forjados para mas despertar hácia ellos la atencion del vulgo, como en lo antiguo se acostumbraba. De aquí el revestir la historia con multitud de sucesos mitológicos que han contribuido á embellecerla de la manera tan lastimosa que hoy vemos muchas.

Los que niegan la existencia de las Amazonas, se fundan en la consideracion de ser increíble que un pueblo compuesto solo de mujeres, fuese tan esforzado y guerrero, conquistase ciudades y provincias, é hiciese multitud de proezas en contradiccion con la natural debilidad del sexo. Pero este argumento, si lo fuese, lo destruye la historia con mil ejemplos.

Algunos hemos presentado ya, y aun podríamos presentar el de las mujeres sármatas, tan valerosas y guerreras como sus padres y esposos, al lado de los cuales peleaban, y cuya educacion era tan varonil, que ninguna doncella podia aspirar al matrimonio sin evidenciar antes que habia dado muerte por su mano al menos á tres enemigos.

Las modernas griegas y polacas, han asombrado con sus verdaderas y recientes hazañas, pero sin citar lo que está fresco en la memoria de todos, y volviendo la vista atrás, añadiremos que en el siglo VIII de nuestra era, hubo en Bohemia verdaderas Amazonas, las cuales, bajo la direccion de la famosa Ulasta, y durante muchos años, sembraron el terror en todo el país gobernado por el rey Przemislao; siendo notorios los esfuerzos que hubieron de hacer este monarca y su ejército antes de conseguir su exterminio.

En la Persia aun existe un regimiento de muje-

res á quienes está encomendada la guardia del Soberrano, que se considera segurísimo, sin que haya un ejemplo, aun teniendo en cuenta los trastornos y las vicisitudes que hayan experimentado, que tenga motivos para desconfiar de su guardia femenil, antes por el contrario, se considera tan bien ó mejor defendido que los antiguos califas por su viviente muralla de etiopes.

« Concedida la posibilidad, dice un escritor, como es indispensable, nosotros, y con nosotros muchos mas, no solo creemos en su existencia, la de las Amazonas, sino que no hallamos el motivo porqué pueden ofenderse en creerla, la conciencia y el sano criterio de los que la impugnan en la actualidad; tanto mas, cuanto ya hemos dicho que seguimos la opinion de escritores antiguos y respetables, y que los de la misma época que sostienen la contraria, no presentan razon alguna satisfactoria en su apoyo. Así, pues, la cuestion debe quedar reducida á sus justos límites; á descartar de la historia de las Amazonas lo fabuloso, que en ella como en casi todas han introducido los poetas, segun la costumbre de la antigüedad. »

Tal es tambien el objeto que nos proponemos, siguiendo á este y á otros que, con mas visos de exactitud se ocupan de las Amazonas, de esa pléyade de heroínas, cuya existencia se supone en mas de un país.

Las conceden al Africa y al Asia, tambien á la América, y como no podríamos dar cuenta de todas ocupándonos de las mujeres de cada pueblo, por eso nos ha parecido mas conveniente y acertado hablar de todas ellas á la vez, sin interrumpir por eso el orden de nuestros *Estudios*.

Ésta es la razon de que al comenzar la segunda parte nos ocupemos de ellas en esta introduccion, dando cuenta de su existencia en el próximo artículo.

A. PIRALA.

## LITERATURA.

*En la muerte de mi hija* CARMEN.

Era la tarde cuando el sol caía,  
murmuraba en los árboles el viento,  
y en la torre doblaba la campana,  
doblaba á muerto!...



Y asido yo con la convulsa mano  
de rústico balcon al antepecho,  
triste mirada con el llanto turbia  
tendí á lo lejos.

Y allá junto á la torre de la aldea,  
fúnebre grupo caminaba lento,  
una niña en su féretro de flores  
llevando en medio.

Yo á lo lejos te ví ; pobre alma mia !  
inmóvil de dolor ; dolor supremo !  
el corazon ahogado con el llanto ,  
los ojos secos !

Te ví, y tu madre te miró, apoyada  
la delirante sien sobre mi pecho ;  
y en alas de la brisa te enviamos  
el postrar beso !

Flor que brotó en la senda de mi vida,  
del vergel de mi amor capullo tierno,  
boton de rosa que al abrir su cáliz  
agostó el cierzo !

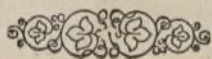
Hija del alma que sentir me hiciste  
la santa dicha del amor paterno !...  
cuán pronto la perdí !... Fué dicha mia  
y huyó al momento.

Y desde entonces se inclinó mi frente,  
y desde entonces se dobló mi cuerpo,  
triste la tierra apareció á mis ojos,  
sombrió el cielo.

Mas de entonces tambien si de la vida  
en la lucha, me vence el desaliento,  
los ojos alzo á Dios, que ante su trono  
un ángel tengo !

Y allá cuando en la noche silenciosa  
su nombre al repetir mis ojos cierro,  
ángel de luz cabe sus blancas alas  
vela mi sueño !

JOSÉ MARÍA DE LARREA.



## CUENTOS DE COLOR DE ROSA.

### LA MADRASTRA.

(Continuacion.)

#### V.

Las niñas iban siendo ya grandecitas. Así era que su madrastra las mandaba á Valmaseda todos los miércoles y los sábados, que son allí días de mercado, á vender cada una su cestita de huevos ó de fruta.

Un sábado entregó su madrastra cincuenta peras de San Juan á Isabel, treinta á Teresa, y diez á Mariquita, y les dijo:

—Id á Valmaseda, vended las tres las peras á un mismo precio, y traer el mismo dinero una que otra.

—Pero si eso no puede ser, señora madre ! replicaron las niñas.

—Si no puede ser, hacer un poder. A mí no se me replica, que se me obedece, ó de lo contrario ya sabéis lo que vuestro padre me tiene encargado.

Las niñas bajaron la cabeza aterradas, y tomando sus cestitas emprendieron su camino.

La casa, como ya os he dicho, estaba un poco retirada de las otras de la aldea. Así que se alejaron un poco de ella, las tres niñas se detuvieron al pié de un rebollo para ver si encontraban medio de sacar la endiablada cuenta que les había echado su madrastra.

—Pero, ¿cómo nos vamos á componer para hacer lo que señora madre ha mandado ? dijo Isabel.

—Hija, yo no sé cómo, respondió Teresa.

—Y que si no lo hacemos, añadió Mariquita indicando con la mano abierta el acto de sacudir el polvo, nos va á dar lo que no se nos caiga.

—Para sacar todas el mismo dinero, lo mejor es que la que tenga pocas peras las venda caras, y la que tenga muchas las venda baratas.

—Pero si señora madre dice que las hemos de vender todas á un mismo precio.

—Tienes razon.

—Mirad, dijo la chiquitina, que era la que tenía la conciencia mas ancha, como habreis colegido de lo que pasó con los melocotones; mirad, así que vendamos todas las peras, hacemos con los cuartos tres montones iguales, y cada una coje el suyo.

—Caballito amén Jesus. Y que lo supiera señora madre ! replicó Teresa.

—Y ademas, añadió Isabel, mejor es llevar una zurra que mentir, verdad Teresa ?

—Si que es verdad.

—Pero si señora madre no lo sabrá....



—Sí que lo sabrá, Mariquita. ¿No has oído decir á la señora maestra que hay un pajarito que cuando los niños mienten lo cuenta todo?

—¿Pensais que yo no sé que eso del pajarito es engaño? sí, que yo soy tonta!

—Hija, no te canses, señora madre nos dará una zurra, pero le dirémos la verdad.

Las niñas guardaron silencio por algunos instantes, meditando el partido que definitivamente habian de tomar.

—Me ocurre una idea, dijo Isabel. Cuando pasemos por la escuela, entremos á ver si don Juan Sacacuentas, que todo lo sabe, nos dice cómo nos hemos de componer.

—Sí, sí, tienes razon, contestaron Teresa y Mariquita recobrando la esperanza. Y las tres hermanitas volvieron á cargar con sus cestos y prosiguieron su camino.

Ahora vais á saber, hijos míos, quien era don Juan Sacacuentas (1).

Don Juan Sacacuentas era el maestro de escuela de la aldea, y debía este apellido postizo á su costumbre de jurárselas á los chicos diciendo:—Yo os ajustaré las cuentas! y sobre todo á la fama que gozaba de habilísimo contador. Solo una vez estuvo á punto de perder esta fama.

El señor cura y los señores de justicia fueron un día á visitar la escuela, y se entretenian en examinar los adelantos de los chicos, haciéndoles varias preguntas. Un muchacho de la piel del diablo, á quien nada se le habia preguntado, y por consiguiente no habia tenido ocasion de lucirse, cosa que no le hacia mucha gracia, se decidió á preguntar, ya que no se le preguntaba:

—Señor maestro, dijo, ¿me hace Vd. el favor de decirme una cosa?

—Pregunta lo que quieras, contestó el maestro, que ya sabeis lo que os tengo encargado, que me preguntéis siempre lo que no sepais, pues el que pregunta no yerra.

(1) Es muy posible que al ver el retrato que aquí vamos á hacer de un maestro de escuela, no falte quien diga que esto es pintar como querer. El que tal diga, de seguro modificaria su opinion si diera un paseo por Sopuerta ó Galdames, concejos de las encartaciones de Vizcaya, donde los que anduvieron á la escuela á últimos del siglo pasado, conservan escrita en bondas cicatrices la memoria de un maestro llamado Tellitu, que se vanagloriaba de que no salió ningun muchacho de su escuela sin quedar señalado para toda su vida. Teniéndose en aquellos tiempos por incontravertible la bárbara máxima *la letra con sangre entra*; esta vanagloria era muy lógica y disculpable. Decir «de mi escuela no sale ningun muchacho sin estar señalado para toda su vida» era lo mismo que decir: «de mi escuela no sale ningun muchacho sin que le haya entrado la letra».

—Mi padre tiene ahora tres veces mas edad que yo, ¿llegará un día en que no tenga mas que el doble?

—Esas, respondió el maestro, no son preguntas, esas son salidas de pié de banco. Para que sucediera eso, seria necesario que el reloj se parára para tu padre, y siguiera andando para tí.

—Pues yo creo, replicó el muchacho, que sin pararse el reloj para ninguno de los dos, puede llegar mi padre á tener nada mas que doble edad que yo.

—Calla, calla, salvaje, que eso no tiene sentido comun, exclamó el maestro incomodado, y conservando quedas las disciplinas, únicamente por respeto á los señores que estaban delante, quienes notaron con cierto disgusto que aquel muchacho se las tuviera tiesas con el mejor contador de Vizcaya, y sobre todo se empeñase en sostener una cosa que les parecia tan absurda como al mismo maestro.

—Pues voy á probar á Vd., replicó el muchacho, que lo que digo es cierto.

Yo tengo doce años, mi padre tiene treinta y seis; dentro de doce tendré yo veinte y cuatro, y mi padre cuarenta y ocho. Por consiguiente, mi padre que ahora me triplica la edad, solo me la doblará entonces.

El maestro se quedó mas blanco que la pared, y los señores soltaron la carcajada exclamando:

—Pues tiene razon el pícaro del muchacho! Pero hombre, D. Juan, Vd. que es el mejor contador de Vizcaya, ignoraba lo que saben hasta los chicos de la escuela?

La fama de don Juan Sacacuentas necesitó mucho tiempo para reponerse de aquel descabro, que pagaron los pobres chicos, y sobre todo el del problema.

Don Juan habia puesto en la escuela un cartel que decia con letras muy gordas: **LA LETRA CON SANGRE ENTRA**, y á fé á fé, hijos míos, que no echaba en saco roto esta máxima.

Cuando se hablaba de si salian ó no salian muchachos aprovechados de su escuela, solia decir estallando de orgullo:

—Tengo la vanagloria de que de mi escuela todos los muchachos salen señalados para toda su vida. Dicho esto, no tengo que decir si saldrán aprovechados.

Y no exageraba don Juan en cuanto á lo del señalamiento: señalado este de un tinterazo que le habia abierto la cabeza, y el otro de un llavazo que le habia hecho un costuron en la cara, todos llevaban la certification de sus estudios escrita en su cuerpo.

Don Juan nunca se habia querido casar, porque decia que las compañeras de los maestros deben ser las disciplinas y no las mujeres, que los echan á perder infundiéndoles sentimientos blandos y amor á los niños.

En efecto, las disciplinas le acompañaban siem-



pre: si iba á dar un paseo, las disciplinas en la mano; si iba á misa las disciplinas en la mano también; si hacia un viaje á Valmaseda ó Bilbao, las disciplinas reemplazaban al baston, y en la escuela como en la calle, en la iglesia como en la romería, siempre estaban las disciplinas de don Juan Saca-cuentas levantadas sobre las orejas de los pobres muchachos.

Don Juan era la personificación de la terrible máxima escrita en la pared de su escuela.

(Se continuará)

ANTONIO DE TRUEBA.

## LAS FLORES ANIMADAS.

### LA VIOLETA.

(CONCLUSION.)

III.

Marcela.

Es un día de fiesta. Todas las jóvenes de la aldea salen de sus moradas mas bellas y compuestas que de ordinario.

Las unas van á pasear por la campiña, las otras se reúnen en la plaza y bailan alegremente al són del tamboril.

Todas piensan en reír, en jugar, en divertirse y en parecer bonitas.

Una sola permanece encerrada en su casa: Marcela, la hermosa hija de Gerónimo el jardinero.

—Vénte con nosotras, Marcela, esclaman sus compañeras al pasar por su casa. El cielo está sereno, el aura perfuma la por las flores del valle; vénte con nosotras á disfrutar de la hermosa tarde que nos ofrece Mayo.

Marcela menea dulcemente su cabeza, y si algun mancebo quiere arrojarle un ramillete, ella cierra sus ventanas y vuelve á trabajar con mayor anhelo.

Todo es sencillo y agradable en el cuarto que habita Marcela. ¡Parece que ha comunicado su gracia virginal á cuanto la rodea! Su blanco lecho, su armario de nogal, sus sillas de paja, el pequeño espejo colgado en la pared, la ruca que usó su madre, y por último, la imagen de la Virgen que vela por ella mientras duerme.

Si Marcela trabaja en día de fiesta, no es por avaricia, ni por parecer laboriosa: su aguja en ese día se mueve para el pobre. Por eso están sus manos mas ágiles que de costumbre; por eso trabajan con tanta

rapidez. Al día siguiente irá á ofrecer al viejo Mauricio un cómodo chaqueton, que preservará sus debilitados miembros del agudo viento de la noche.

Mientras se deslizaba su aguja, Marcela cantaba su cancion favorita:

«Si yo fuera florecilla:

»Si yo fuera florecilla, escogeria un lugar escondido entre el musgo.

»Un lugar escondido á orillas de un arroyuelo.

»Y oculta entre la yerba pasaria mi vida contemplando el cielo.»

Al crepúsculo de la tarde bajó al jardin: un jardin lleno de árboles hermosos, de flores bellas, de arroyos murmuradores y de espesos grupos de follaje.

Su padre Gerónimo, antiguo jardinero del castillo, cultivaba aquel jardin, única distraccion de Marcela.

Era notable contemplar en él cómo las flores se enlazaban con los arbustos, qué caprichosas formas tomaban las ramas, y qué alfombra de césped se extendia por todas partes.

Flora queria en extremo al tio Gerónimo: visitaba frecuentemente su jardin, deteniéndose á verle cultivar la tierra, podar los árboles, limpiar las plantas, y descendiendo á veces á enjugar con sus transparentes alas la sudada frente del anciano.

Aquel día habia venido tambien á admirar el jardin del tio Gerónimo. Cuando su hija entró en él, Flora se deleitaba en contemplar el cáliz de una margarita: dióle el capricho de profundizar con su mirada hasta el fondo del corazon de Marcela; cáliz por cáliz, el corazon de la niña era tan puro como el de la flor.

El viento traia hasta aquella soledad los ecos del tamboril, las alegres voces de las jóvenes; todas las armonías, todos los perfumes, todos los encantos de una hermosa tarde de primavera.

Marcela, sentada sobre la yerba, no pensaba mas que en la alegría que experimentaria al día siguiente el anciano Mauricio.

Al admirar tanta inocencia y candor, Flora se sintió conmovida.

—Pobre hija del pueblo, dijo para sí, pura como la nieve de las montañas; buena como la naturaleza, su única maestra; bella como la inocencia, perfumada de castidad y modestia; ¿quién te preservará de la persecucion de los malvados y de los poderosos? ¿quién te salvará del piélago inundo donde han caido tantas de tus compañeras?

Sin presumir el monólogo de que era objeto, Marcela con los ojos fijos en el cielo murmuraba su cancion:

«Si yo fuera florecilla:

»Si yo fuera florecilla, escogeria un lugar escondido entre el musgo.



«Un lugar escondido á orillas de un arroyuelo.

»Y oculta entre la yerba pasaria mi vida contemplando el cielo.»

Flora escuchó esta súplica y la tocó con su sortija.

En el instante Marcela desapareció bajo un velo de hojas, y en el lugar donde estaba apareció una flor, cuyos pétalos estaban salpicados de perlas de rocío: ¡parecían lágrimas que brotaban de unos ojos azules!

Era Marcela que decia adios á su padre.

La violeta es la hija del pueblo, y con su modestia, su candor y su pureza, es con lo que Flora ha compuesto su delicado perfume.

#### IV.

##### *La violeta convertida en mujer.*

Nuestras lectoras, que sin duda han seguido con la mayor atencion todo el anterior relato, no habrán olvidado que en su principio habia aparecido la violeta en un magnífico carruaje, con todo el esplendor del fausto y la opulencia.

¿Qué habia hecho de su primitiva modestia? Cómo la hija del pueblo se ha convertido en gran señora?

Ah! Marcela: ¿debias engañarnos así y reaparecer bajo tu forma de mujer?

De todas las transformaciones de sus hijas que Flora habia visto pasar sucesivamente ante sus ojos, ninguna le fué tan sensible como aquella.

No nos apresuremos sin embargo á condenar á Marcela.

A ella le ha sucedido lo que á tantas otras jóvenes faltas de experiencia.

Una niña hermosa escucha siempre dos voces que nacen en su corazon y murmuran dulcemente á su oido.

La una dice: vive en el valle entre el espeso follaje, á orillas del arroyuelo donde el cielo te hizo nacer: la dicha existe en la oscuridad.

La otra esclama: la juventud y la belleza son dos joyas que Dios envia; desgraciado del que avaro las esconde. El arroyuelo no conserva las imágenes que refleja; el follaje no guarda ninguno de sus perfumes; la dicha, que no se comunica, no existe. Busquemos la dicha en el mundo y entre la sociedad.

Mucho tiempo el alma escucha indecisa estos dos acentos; despues uno de los dos ecos se apaga, el otro se deja oir con mas fuerza. El que pondera la ostentacion, el brillo, los placeres, es el que acaba por cautivarnos.

Entonces la niña se lanza en el torbellino de los placeres y espectáculos: siendo tanto mas adulada,

tanto mas favorecida, cuanto el fondo bondadoso de su carácter forma un contraste mas extraño con su vida agitada.

Un momento quizá se créese dichosa.

Bien pronto, sin embargo, llega el desencanto, y con él el disgusto, la fatiga, el desden.

En medio de la alegría exterior, experimenta el pesar de su antigua existencia y el remordimiento de haberla cambiado.

¿No habeis visto jamás, lectoras mías, en la confusión de un baile tenderse súbitamente un velo de tristeza sobre una frente radiante de juventud y de hermosura, y unos bellos ojos volverse á la sombra para ocultar su llanto?

Quereis saber lo que causa esa tristeza, lo que hace correr esas lágrimas?

Es el pesar de la inocencia perdida; es el recuerdo de la tranquila oscuridad de otro tiempo!

#### V.

##### *Una lágrima de Flora.*

Las luces que resplandecen en el palacio que habita Marcela, se van apagando progresivamente, el brillo de las estrellas se amortigua poco á poco, y el ruiseñor á orillas del lago se apresura á terminar su melodiosa cavatina. Es la hora en que Flora se dispone á cerrar los ojos de los dondiegos de noche.

Aproxímase suavemente para ahuyentar el sueño que comienza á dominarlos.

De repente se detiene. Un rumor extraño llega á su oido. Es el viento que gime entre los árboles? Es el manantial que llora al abandonar las laderas de la montaña?

No: ni el mas ligero viento mece las copas de los árboles; el ruido del arroyo se apaga entre la blandura del musgo.

Flora presta atencion y se dirige al sitio de donde nace el rumor: entonces percibe quejas, sollozos, y el débil eco de una cancion melancólica.

Es una mujer que llora, y Flora la ha reconocido. Es Marcela, que ha dejado su lecho de plumas y brocado para descender á la campiña.

El descanso huye de sus párpados, y si estos se cierran es solo para representarle ensueños de dolor: sufre mucho, y sus ojos están inundados de lágrimas.

Recuerda la época en que era violeta, y se despertaba estremecida al recibir los suaves besos del rocío.

Canta tambien como en otro tiempo:

«Si yo fuera florecilla.....»

Hay ecos que conmueven, acentos que no pueden mentir.



Al escuchar la voz de Marcela, Flora que vagaba por encima de su cabeza, sintió enternecerse su corazón, y lloró al verla tan bella y tan desgraciada.

Una de sus lágrimas cayó sobre la ardorosa frente de Marcela.

Al punto se operó la metamorfosis.

Flora había escuchado por segunda vez la súplica que encerraba la canción !

Al día siguiente se hizo buscar á Marcela por todas partes : nadie la encontró.

Solamente en el sitio en que ella acostumbraba á sentarse todas las noches, apareció una modesta violeta escondida entre la yerba.

Su belleza parecía querer ocultarse, pero su perfume la descubría.

Para adquirir Marcela su antigua forma le había bastado una sola cosa :

El arrepentimiento.

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

## TEATROS.

Circo: *Los Caballeros de la Estrella*.—Otras varias obras.—ZARZUELA: *El tenor Salces*.—PRINCIPE: *Dalila*.—REAL: *Hernani*.

Estos últimos ocho días han sido tempestuosos, estimadas lectoras. Pero no creais que voy á hablaros de tormentas de tejas arriba, que siempre son sublimes ante las almas fuertes, sino de otras que se mueven de tejas abajo en la atmósfera de los teatros; las cuales casi siempre aterran á los corazones mas valerosos.

En tan corta temporada se ha visto de todo un poco: ha habido obras que han brillado fugazmente como el relámpago; otras que por su desdicha han resonado con el eco aterrador del trueno; aplausos que han sido como lluvia benéfica y fructuosa para alguna empresa; y aplausos que para otra deben haber producido los efectos de la lava. ¿Cómo pudo ser todo esto?

Oid. En el coliseo del Circo se levantó en la noche del 23 del actual terrible borrasca, que hizo zozobrar un barco de alto bordo, debido á cierto afamado constructor extranjero. Yo os diré en pocas palabras cómo sucedió este fracaso.

Precedido de grande reputación, debida al nombre célebre de su autor, Bouchardy, mas de una empresa trató de poner en escena el drama *Los Caballeros de la Estrella*, que por fin cayó en suerte, y en desgracia, á la del teatro de la plaza del

Rey. A la verdad, el éxito que obtuvo en París la obra en cuestión, y el buen criterio de las personas que tenían conocimiento de ella, para la cual solo tenían aplausos, hicieron esperar que á pesar de los escollos del género, coronaría su estreno un éxito favorable. La primera representación demostró lo contrario; ó por mejor decir, demostró otra vez mas que en las creaciones dramáticas hay una diferencia inmensa de efectos entre la lectura y la ejecución.

El drama sin duda es malo. Yo quisiera referiros su argumento, pero si he de hablar con verdad, me sería poco menos que imposible. Y no porque éste sea complicado ni rico, sino simplemente porque no se entiende. Una acción lánguida, monótona, distribuida en seis mortales cuadros; caracteres incompletos, y sobre todo, carencia absoluta de pasión que es el resorte, la vida del poema dramático, no hacen tolerable esta obra en la misma escena en que han pasado tantas otras débiles. Once personajes juegan en ella, y no hay uno que por sus grandes rasgos, buenos ó malos, pueda llamarse protagonista. Ketty hubiera sido un carácter interesante de aldeana sencilla y apasionada, á tener el conveniente desarrollo; lord Arturo habria representado el tipo del buen caballero, si se le hubiese ocurrido al autor dar mas altura á sus pensamientos; en una palabra, todos ellos quedan muy lejos de lo que hizo esperar la fama del autor francés, tan aplaudido otras veces en las tablas españolas. Esto, unido á las inverosimilitudes en que abunda, desagradó visiblemente al público, que manifestó su desagrado desde los primeros actos.

La ejecución experimentó la influencia de la obra. Solo dos breves aplausos se dieron á los actores; uno de ellos á la señora Lamadrid, otro al señor Fernandez: en el resto de la representación, la frialdad de aquellos se comunicó al público: bien es verdad que éste no entendió la mitad de las escenas, merced á la manera de hablar á media voz que empleaban casi todos los personajes.

En las noches que han seguido á la de que os hablaba, el Circo ha resonado con palmadas. *Marta la piadosa*, *La bola de nieve*, y *La locura de amor*; estas tres obras, tan bellas, tan importantes, tan fieles intérpretes del corazón humano, han conseguido como siempre los elogios que se merecen. La señora Lamadrid, y las señoras Romea y Arjona, han trabajado en dichas funciones con grande acierto. El público recompensó su mérito llamándoles mas de una vez á la escena, para prodigarles sus aplausos.

Con bastante éxito volvió á representarse *El Relámpago* en el teatro de la Zarzuela. El joven tenor señor Salces, que hizo su primera salida en la reaparición de aquel, tiene una voz simpática, de buen timbre, aunque de escaso cuerpo. Su manera de can-



tar no está exenta de gusto. El público quedó contento, y aplaudió en mas de un pasaje.

Después de *El Relámpago*, se interrumpieron las representaciones por indisposición del nuevo tenor. Estos últimos días se ha dado la conocida zarzuela *El diablo en el poder*, que por variar es también del señor Camprodon.

Al Príncipe le ha sonreído por fin la fortuna. *Dalila*, drama de Octavio Fenillet, ha llamado la gente á este coliseo, y ha conquistado bravos y palmadas.

En efecto, *Dalila* es un drama interesante, y acertado en cuanto á su composición escénica. La lucha que retrata de nobles sentimientos y pasiones inmundas, es un trasunto crudamente fiel de cierta parte de la sociedad francesa, la cual, por fortuna nuestra, dista mucho en este punto de nuestras honradas costumbres españolas. Una niña pura, Marta, que muere al dolor de verse abandonada por el elegido de su corazón, y su padre, el anciano Sertorio, maestro músico que hasta de las notas de su arte hace palenque de su honradez, son la faz buena del drama. Los demás personajes son el anverso repugnante: Andrés Ruzwen es un joven compositor de genio y fortuna, que ocasiona á Marta la muerte, recibiendo él en pago de la flaqueza de su voluntad y de los extravíos de su vida; la princesa Leonora Falconieri es la mujer corrompida y sin corazón, que hace de sus encantos el veneno de las almas nobles y la ruina de toda una familia; y Carnioli es el espíritu del mal, que bajo una apariencia ya graciosa, ya desenfadada, infunde en el alma de Andrés y de Leonora el germen fatal cuyos frutos son el infortunio y el oprobio.

Tales son los principales personajes de la acción. Esta seduce sin embargo porque está bien dispuesta y porque copia por desgracia las debilidades del corazón. El mal, en esta fábula, conduce á los que lo practican y á los que lo padecen hasta sus últimas consecuencias.

Las situaciones bastante desarrolladas, los caracteres bien sostenidos, y sobre todo los muchos detalles terribles en que abunda la obra de Fenillet, han hecho sentir á los espectadores. Y sin embargo, el alma no sale satisfecha del espectáculo. El bien, foco de luz eterna que embellece las creaciones del genio, falta en *Dalila*. El brillo con que aparece revestido, es un resplandor siniestro que deslumbra la vista y que no aplaca al corazón.

Los actores del Príncipe están bastante felices en su desempeño. La señora Palma, siempre simpática, agrada en el papel de Leonora. Solamente le comunica mucho sentimiento, y poca maldad. Esto último no es de extrañar: ningún actor puede comunicar fácilmente á un papel lo que en su corazón no siente. El señor Pizarroso estuvo espresivo, pero algo exagerado. Los señores Osorio muy bien; en particular don

Fernando, cuyos progresos son notables en cada nueva representación.

En el REAL se ha vuelto á poner *Hernani*. La ópera ha salido desigualmente ejecutada; debiéndose este resultado, poco mas ó menos, á todos los que en ella tomaron parte. Y sin embargo, gracias á la nobleza, á la cultura del pueblo español, resonaron en su estreno nutridos aplausos. Las desventajosas condiciones en que salía por vez primera el barítono Gorin (que son de todos conocidas), hicieron que el público no pronunciase su fallo sobre este cantante poco feliz, y que le acogiese en cambio con larga cosecha de aplausos corteses y generosos.

ANTONIO ARNAO

## MODAS.

El otoño se va, amables lectoras, y el invierno avanza á pasos de gigante amenazando marchitar vuestras gracias con su helado contacto: la Moda, como amiga solícita, está en el deber de preservarlas de su dañosa influencia, proponiéndoles abrigos cómodos y elegantes.

Hé aquí la lista de los mas nuevos:

*Camma*. Abrigo de paño aterciopelado, con adornos de cinta dispuestos á cuadros, y bellotas de azabache colocadas en la misma.

*Capuleti*. Especie de talma de terciopelo con bastante vuelo, para que forme encañonado por la espalda.

*Delfina*. Manteleta de terciopelo negro, guarnecida de un ancho volante de guipure, y encima otro mas pequeño formando pabellones, sostenidos por botones de seda.

*D' Albret*. Abrigo de paño oseznó, cuyo pelo interior hace que no necesite forro ni entretela.

*Palatina*. Abrigo de paño Chincilla.

Concluirémos recomendando á nuestras lectoras, para ocupar las primeras horas de la noche, el pliego de dibujos que repartimos con este número, cuya explicación es la siguiente:

Núm. 1. *Dibujo para mangas*, bordado á la inglesa.

Núm. 2. *Puño*, correspondiente á las mismas.

Núm. 3. *Guarnición* para enagua: bordado rico á realce y feston.

Núm. 4. *Cubierta de acerico*: bordado á plumetis y punto de armas.

Núm. 5. *Esquina de pañuelo* con escudo: bordado al pasado y feston.

AURORA PEREZ MIRON.

EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.